

## Un empresario vasco del Teatro Real de Madrid:

# José Arana

Por ANGEL SAGARDIA



José Arana y Eitorza, empresario vasco del Teatro Real de Madrid, durante los años que median entre 1903 y 1907.

La justa fama de que disfrutó el teatro Real de Madrid, durante los setenta y cinco años de su fecundo movimiento artístico (1850-1925), se extendió—por diversas causas, a algunas de las cuales nos referiremos—, a las regiones españolas, lo que, por otra parte, no es de extrañar, puesto que su nombradía incluso atravesó las fronteras nacionales al colocarse entre los primeros coliseos de ópera del mundo.

La nombradía de referencia llegó a provincias, entre otros motivos, porque actuaron en el cantantes oriundos de ellas; se estrenaron óperas de nuestra patria, algunos de cuyos autores eran provincianos, y por acaecer los asuntos de varias en tierras de España.

Así la fama de él la apreciaron en el País Vasco debido a las representaciones de las óperas del navarro Emilio Arrieta: «Ildegonda», «Isabel la Católica» y «Marina»; las del vizcaíno Valentín de Zubiaurre: «Don Fernando el Emplazado» y «Ledia» (la partitura de ésta posee zortzicos); las del alavés Emilio Serrano: «Mirtridates», «Doña Juana la Loca», «Irene de Otranto» y «Gonzalo de Córdoba», y la del también alavés Jesús Guridi: «Amaya» (ópera esta netamente vasca). Actuaron en diversas temporadas el tenor navarro Julián Gayarre y el bilbaíno Florencio Constantino y, además de todo lo expuesto, fue empresario del teatro Real, durante los años que median entre 1902 y 1907, el guipuzcoano José Arana a quien dedicamos este trabajo.

\*\*\*

En Escoriaza (Guipúzcoa), de padres modestísimos, pero honrados y virtuosos, nació, el 14 de mayo de 1830, José Arana y Eitorza, quien, debido a la intuición que poseería para los negocios, se crearía una magnífica posición económica. También fue innata en él una gran curiosidad por la cultura y el arte, lo que le convirtió en excelente aficionado musical. Los padres del muchacho advirtieron que de continuar en Escoriaza no tendría otro porvenir más que el de cuidar ganado o trabajar el campo, y esto en tierras ajenas, pues sus progenitores, como hemos dicho, eran de posición suma-

mente modesta. Aprovechando la coyuntura de que un tío tenía en la calle Imperial, de Madrid, un establecimiento de ultramarinos, José, lleno de ilusiones y con los bolsillos exhaustos de dinero, se desplazó a la capital de España, donde se colocó en la tienda de su pariente.

José llevó durante varios años vida metódica, no gastaba en vicios y su afán consistía en instruirse lo más posible; en unas Navidades jugó un décimo a la lotería, que resultó favorecido con el primer premio; esto le permitió trasladarse a San Sebastián, establecerse e iniciar sus actividades de empresario construyendo una plaza de toros en terrenos que adquirió a la Compañía de los Ferrocarriles del Norte.

Los primeros años de explotación de dicho negocio resultaron verdaderamente ruinosos para Arana, pues la Compañía vendedora del terreno imponía la celebración de gran número de corridas que, aunque tenían lugar en los meses de verano, puesto que en aquel tiempo era escasa la afluencia de veraneantes y casi nula la asistencia de extranjeros, principalmente franceses, el público que concurría era insuficiente para cubrir gastos; Arana no se desanimó por ello, y pasados ciertos años, el coso taurino le proporcionó pingües beneficios.

A la par que continuaba con sus negocios en la capital de Guipúzcoa, se residió en Madrid, y en la calle del Príncipe instaló un lujoso establecimiento de ultramarinos y junto a él un magnífico despacho de operaciones de Banca y cambio de moneda.

Tal despacho se convirtió en punto de reunión de destacadas personalidades de la política y del arte. Se hizo famosa la tertulia de don Francisco Romero Robledo y, a pesar de presidirla tan batallador político, en atención a Arana, que vivía al margen de cargos públicos, en ella se hablaba y discutía de todo, menos de política. Concurrían abogados, militares, funcionarios del Estado y del Municipio y figuras relevantes del arte y de la taormanía; el tenor Julián Gayarre; el excelso violinista Pablo Sarasate; el compositor Francisco Asenjo Barbieri; el director de orquesta Mancinelli; el escultor Benlliure; los críticos musi-

cales Antonio Peña y Goñi y Luis Carmena y Millán, y los matadores de toros Lagartijo, Frasuelo, Guerrita, Espartero y Fuentes.

Cuando coincidían Peña y Goñi y Carmena y Millán—según ha referido José Bilbao, amigo de ambos—, eran curiosas las polémicas en que se enfrascaban; sustentaban ideas muy opuestas sobre la música y los compositores y lo propio acerca de los toreros; uno sólo gozaba de las preferencias de los dos: Rafael Guerra, «Guerrita».

La asistencia a la tertulia de los eminentes artistas músicos que quedan citados, aumentó en Arana su predilección por los espectáculos y así, en San Sebastián, construyó un Circo (en el solar en que después se edificó el Gran Casino), donde organizó conciertos inolvidables; presentó al genial Pablo Sarasate y a la orquesta de la Sociedad de Conciertos, de Madrid, dirigida por Mariano Vázquez.

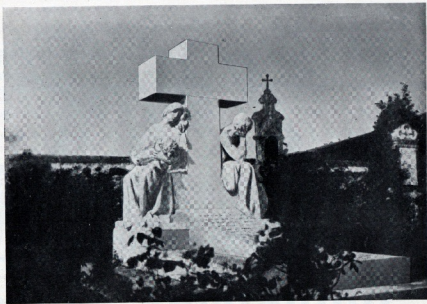
Arana tomó en arriendo durante distintas etapas, los teatros de la capital de Guipúzcoa, y por sus escenarios hizo desfilar a las más importantes compañías de ópera, zarzuela, opereta, comedia... También, en unión de varios amigos, levantó y explotó un frontón, sito cerca del rompeolas de la Zurriola.

A Arana cabe aplicarle el calificativo de mecenas y propulsor de la música en San Sebastián, aunque sólo se le tuvieron en cuenta dos empresas musicales que llevó a cabo: un concurso de bandas y orfeones, y un concierto sinfónico en el que, bajo la dirección de Mancinelli, una nutrida orquesta y masa coral interpretó—aseguran que por primera vez en España—la Consagración del Graal, de «Parsifal», de Wagner.

En cuanto al certamen de bandas y orfeones, para su buena organización, visitó Arana Francia y Bélgica y así consiguió, una vez desarrollado, que los miembros del tribunal, integrado por eminentes músicos españoles y extranjeros, aseveraran que había resultado modelo de concursos y excepcional por la cuantía de premios en el repartidos; los gastos ascendieron a cantidad importantísima que a otro empresario, carente de los arrestos del que nos ocupa, le hubiera hecho desistir de tal competición.

Arana viajó mucho por Europa y asistió a los más importantes espectáculos artísticos: en Bayreuth presenció la representación de la Tetralogía wagneriana. También le agradó estar presente en hechos que, algunos de ellos, por su importancia, han pasado a la Historia; en los días trágicos de la Commune residió en París, y, durante la última guerra carlista, en Somorrostro vivió las acciones militares al lado de las tropas liberales; al término de ellas, y quedar libre el camino hacia Bilbao, se contó entre los primeros paisanos que entraron en la sitiada villa.

Con sus negocios teatrales y taurinos Arana ganó dinero, sin ser interesado; en sus coliseos y plaza de toros, aunque supiese que el lleno era seguro, reservaba localidades para niños de los asilos y para cuantos jóvenes estudiantes, modestísimas... las demandasen. El coche en que se trasladaba a la plaza de toros, en San Sebastián, iba rodeado de mu-



Mausoleo, obra de BENLÍJURE, en que reposan los restos de ARANA, en el Cementerio de Escoriaza (Guipúzcoa).

chachería que le vitoreaba, segura de obtener entradas que les permitiesen el acceso gratuito al coso taurino.

### Arana, empresario del Teatro Real de Madrid

Las referencias que quedan expuestas acerca de la afición que Arana sintió por la música y el teatro lírico, son suficientes para hacer lógico que llegase a regir el coliseo de la plaza de Oriente.

Fue el año 1902; el Real estaba exento de empresa, por lo que en la *Gaceta* del 8 de mayo aparecieron las bases a que habría de ajustarse el arrendatario; cinco veces convocaron el concurso por no presentarse ninguna opción; la afición madrileña tenía ya quedarse sin ópera durante la campaña 1902-1903, cuando Arana visitó al conde de Romanones, ministro a quien competía el asunto del arrendamiento del Real, y amigo particular de Arana, quien le llevó un documento en el que, mediante ciertos requisitos, se comprometía a alquilarlo; la modificación principal del pliego de condiciones consistía en hacerse cargo del coliseo por dos años, quedando a su voluntad la prórroga por tres más, solicitados a la terminación de cada temporada. Romanones encontró la propuesta de Arana aceptable y la llevó al primer Consejo de Ministros (era ya el 5 de julio), que la aprobó sin vacilación, puesto que tuvo en cuenta lo avanzado de la fecha, que haría difíciles la contrata de artistas, orquesta, coros, cuerpo de baile, etcétera.

Rápidamente empezó Arana su labor de escriturar y acoplar los elementos nombrados y, todo esto, sin perder su optimismo habitual; lo prueban las siguientes palabras que confió a su amigo José Bilbao: «Yo te afirmo que en esa casa (el teatro Real), en el que la mayoría de mis predecesores han fracasado, yo he de conseguir un éxito; acreditaré el teatro, complaceré al público y terminaré ganando algunas pesetas. Conforme hay individuos que por salir diputados se gastan 20 ó 30.000 duros en la elección, y se quedan sin conseguir su propósito, yo espero me saldrá más barato ser empresario del Real.»

La primera temporada de Arana se inauguró el 22 de noviembre de 1902 con la ópera «Los Puritanos», de Bellini, y terminó con «Aida», de Verdi, el 28 de febrero de 1903.

En esta campaña perdió el empresario guipuzcoano 85.713 pesetas y en la segunda 13.087. No obstante tal percance solicitó prórroga de contrato, que le concedió el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

La tercera temporada la cerró con un beneficio de 46.762 pesetas, y continuó rigiendo el Real dos campañas más, en las que ganó 161.796 y 128.889 pesetas, respectivamente. O sea que el avisado empresario Arana, pese a haber perdido en sus dos primeras temporadas del Real 98.800 pesetas, como durante las tres siguientes liquidó una utilidad de 337.447 pesetas, se benefició en 238.647 pesetas.

Tan importante cantidad, máxime teniendo en cuenta que la logró a principios de siglo, ¿la consiguió siendo empresario organizador de representaciones de gran altura, o más bien procurando agradar al público? Esto último fue su criterio; obtuvo las ganancias desarrollando unas campañas que, salvo alguna excepción que mencionaremos, las dedicó a la interpretación de obras conocidas, agradables para los oyentes, especialmente las del *bell canto*, que tanto entusiasmo causan a los aficionados. La mayor parte de las óperas representadas fueron italianas; estas alcanzaron el número de veinticuatro; nueve alemanas y seis francesas.

Unas interpretaciones excepcionales, de elevado nivel artístico, pero que, a no dudar le resultarían deficitarias, consistieron en el estreno y una ejecución más del Oratorio «Moisés», del abate Lorenzo Perosi, director de la Capilla Sixtina del Vaticano; le hizo venir de Roma y le abonó 13.000 pesetas. La obra se escuchó los días 6 y 10 de febrero de 1907. Con ella debutó en Madrid el bajo Mardones, que alcanzaba celebridad inusitada.

Arana facilitó la primera audición de «La condenación de Fausto», de Berlioz, que tuvo lugar el 14 de enero de 1906; obtuvo gran éxito, y a la primera representación la siguieron cinco más en aquella temporada. Poner en escena esta ópera ocasionó un gasto de 17.422 pesetas.

Junto a cantantes famosos extranjeros, actuaron varios españoles de singular valía: las sopranos María Barrientos y Matilde de Lerma, y los tenores Julián Biel, Francisco Viñas y Florencio Constantino, natural de Bilbao, donde nació en 1869, actuó triunfalmente en los principales teatros de ópera del mundo. Siendo Arana empresario del Real cantó en él durante las temporadas 1902-1903 y 1904-1905, percibiendo 2.000 y 1.500 pesetas por función, respectivamente.

#### Últimos meses de existencia de Arana

Terminado el contrato del Real en la temporada 1906-1907 (finalizó esta el 3 de marzo de 1907 con la representación de tres actos de «Ham-

let», de Ambrosio Thomas, y la interpretaciones del Vals de la sombra, de «Dinorah», de Meyerbeer, por María Barrientos, y la ópera de «Tannhäuser», de Wagner, por la orquesta), Arana pensó seguir, para lo que presentó escrito solicitando prórroga por dos años forzosos y tres voluntarios; le concedieron el teatro, pero al constar en las normas una que disponían realizasen amplias inspecciones el Comisario Regio y cierta Junta, Arana no quiso someterse a ellas y renunció a continuar siendo empresario del Real.

Una lesión aórtica que Arana padecía, se le agravó considerablemente en el último trimestre de 1908. Marchó a San Sebastián y tuvo que someterse a una operación, con la que no logró la menor mejoría. Había descuidado testar, él que era soltero; tenía una fortuna muy estimable y no contaba con herederos forzosos. Ya gravísimo, dictó sus disposiciones postéritas; legó parte importante de su caudal para realizar obras benéficas e higiénicas en Escoriaza (fueron fruto de tal donación un Asilo-Escuela, Escuelas para niñas y niños, fuentes y un abrevadero). Dejó cantidades a parientes muy lejanos (a algunos ni los conocía), a sus servidores y también a los empleados modestos del Real, en reconocimiento por la lealtad con que trabajaron durante su mandato.

En el testamento dispuso lo acompañasen a su última morada todas las bandas de música donostiarra, con lo que convirtió en orden el deseo que manifestó diversas veces a sus amigos, a los que decía: «Casi toda mi vida la he pasado entre artistas, músicos, actores, toreros, etc. Como gran parte de mi posición la debo al concurso que me han prestado esos simpáticos colaboradores, quiero que al abandonar el mundo me rodeen esos elementos, y así mi entierro tendrá el aspecto adecuado a mis preferencias, y no será lo triste que resultan estos actos cuando se ajustan al ceremonial acostumbrado».

José Arana falleció el 5 de diciembre de 1908 y a la conducción del cadáver, tanto en San Sebastián como en Escoriaza, donde lo enterraron, concurren varias bandas, la Municipal (que suspendió su concierto en el Bulevard en señal de duelo) y algunas más, que no aceptaron la menor remuneración pues bien conocían los componentes los beneficios, el trabajo que Arana había deparado a los profesores músicos.

Arana, recibió sepultura en el cementerio de Escoriaza, en el mausoleo que poseía obra de Benlliure.

José Arana es un guipuzcoano de nombre inolvidable; si bien en San Sebastián ganó mucho dinero con los negocios que emprendió, mediante ellos proporcionó ingresos a gran cantidad de convectos y contribuyó al engrandecimiento de la nombrada capital. Por sus méritos, Arana recibió la Cruz de Carlos III, y el gobierno francés le hizo miembro de la Legión de Honor.

